

- Follesdal, Dagfinn, 1969, "Quine on Modality", en Davidson y Hintikka 1969, pp. 175–185.
- Gibson, Roger, 1986, "Translation, Physics, and Facts of the Matter", en Hahn y Schlipp 1986, pp. 139–154.
- Gödel, Kurt, 1995, "Is Mathematics Syntax of Language?", versiones III y V en *Collected Works, vol. III: Unpublished Essays and Lectures*, Solomon Feferman et al. (comps.), Oxford University Press, Nueva York, 1994, pp. 129–147. Versiones II y IV en Francisco Rodríguez Consuegra (comp.), *Kurt Gödel: Unpublished Philosophical Essays*, Birkhauser Verlag, Basel/Boston/Berlín, pp. 149–169.
- Hahn, Edwin, y Arthur Schlipp (comps.), 1986, *The Philosophy of W.V. Quine*, Open Court, Chicago/La Salle, Ill.
- Kirk, Robert, 1973, "Undetermination of Theory and Indeterminacy of Translation", *Análisis*, vol. 33, pp. 195–202.
- , 1986, *Translation Determined*, Clarendon, Oxford.
- Lewis, David, 1974, "Radical Interpretation", *Synthese*, vol. 23, pp. 331–344.
- Smullyan, Raymond, 1948, "Modality and Description", *The Journal of Symbolic Logic*, vol. 12, pp. 139–141.

AXEL ARTURO BARCELÓ ASPEITIA
 Instituto de Investigaciones Filosóficas
 Universidad Nacional Autónoma de México
 abarcelo@filosoficas.unam.mx

Luis Xavier López Farjeat, *El desencanto de las palabras: seis ensayos frente a Hegel*, prólogo de Carlos Pereda, Universidad Panamericana/Publicaciones Cruz O., México, 2005, 162 pp.

Uno de los principales rasgos de la filosofía contemporánea es éste: se define *contra* Hegel o *desde* Hegel. Lo que no hay es filosofía del siglo xx o del XXI *sin* Hegel; y un problema es que muy pocos entienden siquiera a grandes rasgos al gran idealista alemán. El volumen de López Farjeat ostenta un doble mérito: penetra, con precisión y versatilidad, en álgidas cuestiones hegelianas, y además lo hace *frente* a Hegel; evita los extremos de la hegelianización, por un lado, y el exabrupto fragmentario contra el sistema, por el otro. Carlos Pereda lo subraya en el prólogo: para López Farjeat, Hegel no es ni un ídolo ni un monstruo: es un interlocutor.

El autor dialoga con los textos hegelianos y, además, los *contextualiza*, en el preciso sentido hermenéutico de relacionarlos adecuadamente con otros textos. Aparecen así Wittgenstein, Aristóteles, Putnam. El volumen consta de seis ensayos, unos más críticos que otros, alguno sumamente técnico (el tratamiento de *Metafísica* XII, 7, y su lectura idealista es propio de un auténtico *scholar*); alguno francamente audaz e innovador (la comparación con el realismo interno de Putnam no es poca cosa) e incluso alguno más en las fronteras entre filosofía y literatura —se habla de la poética del idealismo hegeliano en un espléndido ensayo final que invoca a Hölderlin—. El libro está trabajado con cuidado y erudición, y a la vez resulta sumamente intuitivo, dos rasgos pocas veces coincidentes en un mismo trabajo.

Aunque cada ensayo toca un tema distinto, hay un interés común que los conecta: las relaciones entre pensamiento y lenguaje, con Hegel como maestro, como rival y, por momentos, incluso como pretexto para iniciar arduas disquisiciones filosóficas.

El primer ensayo aborda el tema de la postura hegeliana frente a la metáfora. A partir de algunas ideas de Gutiérrez Girardot —es decir, desde la crítica literaria—, López Farjeat se pregunta si podría entenderse al Absoluto hegeliano como una metáfora. La tesis es arriesgada e interesante: quizá para comprender el lenguaje de Hegel sea necesario sobrepasar la concepción que el mismo idealista tiene de los usos lingüísticos. La postura delineada en la *Enciclopedia* o en las *Lecciones sobre filosofía del arte* no es coincidente con los usos trópicos que se requieren para hablar del Absoluto. La dinámica propia del idealismo lleva al lenguaje a superar los límites que el mismo sistema pretende imponerle.

En este recorrido por las consideraciones lingüísticas hegelianas, López Farjeat anima a considerar la influencia de Jacobi —y no solamente, como suele hacerse, la de von Humboldt—; y subraya que, en la *Fenomenología del espíritu*, el lenguaje corresponde al momento dialéctico de la conciencia finita; las mediaciones en el dinamismo de la conciencia frente a los otros y lo otro son lingüísticas. He dicho al inicio que no se entiende la filosofía contemporánea sin Hegel: véase, por ejemplo, a Gadamer desde este punto de vista, y su filosofía cobra un nuevo sentido. La exploración de López Farjeat continúa: la *Enciclopedia* trata el lenguaje como el signo (*Zeichen*) que funciona al modo de la intuición (*Anschauung*), y que puede ser aún ulteriormente mediatizado por formas simbólicas. En las *Lecciones* aparece el mandamiento particular del lenguaje poético: ha de huir de la especulación; su valor es “negativo”, pues —atado irrevocablemente a la sensibilidad— no es jamás lo Absoluto, sino tan sólo su apariencia.

A contrapié del vicio posmoderno, que se regodea en lo metafórico sin precisar los contenidos, López Farjeat concluye con sutileza. Hegel se ve forzado a echar mano del recurso metafórico, pero lo hace desde la filosofía: las metáforas del Absoluto implican un impulso del lenguaje más allá de sí mismo —pero un impulso siempre regulado—. A diferencia de la poesía romántica, el idealismo hegeliano metaforiza con el concepto y no con la intuición.

El segundo ensayo es sumamente sugestivo. Se inicia con una exploración erudita sobre los orígenes de la concepción hegeliana del lenguaje, en los escritos de juventud. Ronda ya la superioridad del habla respecto de la imagen, por su mayor espiritualidad. Otra de las ideas expuestas —ésta, extraordinariamente importante en la filosofía del lenguaje— es la de la estrategia hegeliana para superar el problema del convencionalismo. Hegel se aproxima al signo subrayando *la actividad* de la conciencia que lo utiliza y reconoce, y no la arbitrariedad del signo en sí. Alguna afirmación podría discutirse con mayor profundidad; no sé, por ejemplo, si Hegel se puso de algún modo en guardia contra el círculo hermenéutico (p. 51), aunque me queda muy claro que se resiste a cualquier concepción del lenguaje como sistema cerrado de signos —postura que admite una versión del círculo hermenéutico; precisamente aquella en la que éste no es un círculo vicioso ni una infinita postergación del sentido—. Pero este segundo ensayo discurre por otros derroteros; ofrece una exposición increíblemente clara de la certeza sensible y la percepción en la *Fenomenología del espíritu* (pp. 53 ss., ya por esta meritoria claridad el volumen merece ser revisado) y después da el salto para relacionar estos

planteamientos hegelianos con los de Wittgenstein. López Farjeat se mueve entre ambos autores, subrayando semejanzas —la fusión, aunque de modo diverso, entre conciencia y lenguaje; la crítica común al empirismo—, sin perder las diferencias. Desde Wittgenstein, en cualquiera de sus dos momentos teóricos, el hegelianismo es imposible: es un absurdo (para el Wittgenstein del *Tractatus*), o es poesía, y en todo caso, mala poesía (pp. 77–78). La clave de la distancia entre Hegel y Wittgenstein está en la naturaleza de la percepción.

El tercer ensayo parte de la cita que cierra la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*. López Farjeat complementará este pasaje con las observaciones de Hegel sobre Aristóteles, en las *Lecciones sobre historia de la filosofía*. Se trata de *Metafísica* XII, 8, 1072b 18–30; es decir, del motor inmóvil y la interpretación hegeliana que abreva en su pensamiento puro. López Farjeat apunta que Hegel no lee a Aristóteles fielmente, sino identificando su perspectiva ontológica con la dimensión lógica, es decir, convirtiéndolo en un idealista. La determinación que en Aristóteles supone la actualidad de la forma la ubica el pensador alemán en la actividad del pensamiento; el concepto clave en ambos es el de *enérgeia* (p. 84). La relación no es obvia y exige matices; López Farjeat los consigue con habilidad y con el mérito de una lectura no escolástica de Aristóteles. Es así como puede mostrar los contrastes, pues Hegel propone una espiritualización de la lógica: “El concepto puro es el verdadero ser. El ser y el concepto son momentos inseparables” (p. 95).

El cuarto ensayo no es menos audaz. El autor explica el realismo interno de Hilary Putnam como alternativa entre el realismo ingenuo y cierto relativismo científico. Se unen sujeto y objeto, mente y mundo; se niega el fantasma de la cosa en sí y los hechos independientes de elecciones conceptuales, se combina un relativismo conceptual con la perspectiva firme de una postura pragmática frente a lo conocido. Esto contrasta con la clave heurística que, en mi opinión, López Farjeat aplica preferentemente a Hegel, la idea de la conciencia desgarrada: “ahí en donde estemos buscando el concepto absoluto, encontraremos a la conciencia escindida. El desgarramiento de la conciencia se ha originado porque la dicotomía ha sido planteada desde el inicio del sistema hegeliano” (pp. 110–111). Putnam parte, en cambio, de la unión lingüística entre el hombre y el mundo; esto es porque, en el fondo, mientras Hegel supone que el pensamiento determina al lenguaje, Putnam, desde una postura menos trágica, piensa justamente lo inverso.

Si los apartados precedentes son comparativos y críticos, el quinto señalará insuficiencias hegelianas desde el propio sistema. Cabe plantearse que la filosofía de Hegel sea simbólica. Sin embargo, el pensador alemán ha limitado los alcances del símbolo por su carácter representativo. López Farjeat subraya que Hegel no ha sido justo con la fuerza expresiva y la dimensión icónico-presentacional del símbolo. Lo que Hegel considera ambigüedad puede leerse como riqueza expresiva; el símbolo no es solamente mediación, es también revelación. El autor cuenta con un argumento aún más contundente: la desproporción entre forma y contenido, que Hegel critica en el símbolo, *se da también en los conceptos* (p. 125). De nuevo aparece la lectura de una conciencia irremediabilmente diversa de sí misma.

El sexto y último ensayo no sólo aborda una temática inspiradora; está, además, muy bien escrito. La introducción cita la correspondencia entre Hegel y Hölderlin (p. 130). Se apunta, después, la influencia fichteana que ambos acusan y la oposición compartida al pensamiento estático; la remisión común a Lessing y los diver-

sos motivos para distanciarse de Spinoza. La metafísica de la naturaleza que busca Hölderlin tiene motivos griegos por fondo; mientras él se recrea en una literatura greco-pagana, su amigo Hegel interpreta el gesto helénico como preparatorio del cristianismo. López Farjeat explica con suficiencia los momentos dialécticos de la filosofía hegeliana de la religión y su relación con las formas literarias. Después, aprovecha las semejanzas y diferencias con Hölderlin para insistir en que Hegel no es monista ni panteísta, y finaliza con el apasionante caso del *Programa del sistema más antiguo del idealismo alemán*, texto incluido tanto en las obras completas del poeta como en las del filósofo. ¿Se trata de un texto conjunto, aunque escrito en primera persona? Los trazos son de Hegel, y la postura es ética y estética, una defensa de la libertad. Si la letra supone autoría hegeliana, habría que releer el idealismo absoluto a partir de una conversión radical.

Como puede verse, muchas ideas de este volumen son discutibles a varios niveles. El autor lo sabe, y no es ésa su debilidad, sino su interés. Con una intención de claridad —lo cual se agradece particularmente frente a Hegel— y pasajes muy sugerentes, el volumen vale la pena tanto para los interesados en el pensamiento hegeliano como para cualquier estudioso ubicado en alguno de los múltiples pliegues que se dan entre el pensamiento y la palabra.

VICENTE DE HARO
 Facultad de Filosofía
 Universidad Panamericana
 vharo@mx.up.mx

Sergio F. Martínez, *Geografía de las prácticas científicas*, Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, México, 2003, 206 pp.

En una crítica de la teoría de las prácticas científicas planteada por Andrew Pickering, Stephen Turner (1999) señala que, en cualquier campo de estudio, sea en la sociología, en la filosofía de la ciencia, en la epistemología o en otros, la plausibilidad de una teoría que toma el concepto de práctica como recurso explicativo básico depende mínimamente de dos líneas de argumentación. En primer lugar, tiene que argumentar que el concepto de práctica es necesario para que esa teoría sea adecuada; en segundo, tiene que mostrar que el concepto de práctica no es una variable explicativa trivial, es decir, que no es reducible a otros conceptos que expliquen con la misma eficiencia todo aquello que el concepto de práctica pueda explicar. Me parece que las dos líneas de argumentación observadas por Turner ofrecen un buen criterio para evaluar una teoría de las prácticas; por lo tanto, lo tomo como el punto de partida para presentar el libro de Sergio Martínez, titulado *Geografía de las prácticas científicas* (2003), ya que es una obra que intenta defender la tesis de que los conceptos básicos de la epistemología de la ciencia pueden y deben articularse en las prácticas. En las primeras dos partes de esta reseña, introduzco los argumentos que Martínez construye para establecer la necesidad y la implausibilidad de reducir su concepto de práctica. Al adoptar esta manera de presentar el libro, esta reseña tiene el inconveniente de que la línea narrativa no sigue necesariamente el mismo